

contrario, el elemento humano es esencial: «Pobres en estrategias, los recuerdos personales son, por el contrario, ricos en hechos que la historia no ha tenido en cuenta hasta ahora porque no había nadie que atestiguará: los hechos psicológicos (...) que son la esencia misma de la guerra», insiste Norton Cru<sup>23</sup>. «Normalmente, la Historia» dice Barbarant «se escribe en una suerte de estilo indefinido, cuando serían necesarios solamente los nombres propios y el tuyo en particular»<sup>24</sup>. Tal reevaluación del testimonio personal es de la misma naturaleza que la operada en la filosofía, como lo subraya Miguel Abensour a propósito de *Minima Moralia* de Adorno: «El individuo o, más exactamente, la experiencia individual, aparece como el *topos* privilegiado de un nuevo modo de filosofar. Ante el infinito terror, la filosofía, convertida en micrología, se vuelve hacia el individuo»<sup>25</sup>.

Pero si bien rehabilita el testimonio individual pasándolo por la criba de una investigación particularmente suspicaz, Norton Cru condena violentamente cualquier deformación. Es la segunda paradoja de Stendhal, recordada ahora por Claude Simon<sup>26</sup>: todo individuo deforma lo que ha vivido, como Henry Brulard en el Gran San Bernardo, interponiendo inconscientemente entre él y su experiencia efectiva las múltiples mediaciones culturales de las que es objeto. Entonces ¿cómo aceptar su testimonio? ¿Qué fe conceder a las narraciones recibidas? Porque cada cual elabora lo que considera representación veraz en el seno de la falta de saber, los relatos parciales o defectuosos, los discursos poco fiables aunque pregnantes, etc. Las novelas no son ingenuas respecto de sí mismas. El narrador de *La acacia* sólo dispone de «vagas narraciones (tal vez de segunda mano, tal vez poetizantes, por piedad o complacencia, para halagar o más bien, en la medida de lo posible, para consolar a la viuda, tal vez también porque los testigos –los que se encontraban en el lugar o los que repetían sus cuentos– hayan exagerado y glorificado los hechos, obedeciendo a esa necesidad de trascender los eventos en los que habían participado más o menos directamente: hemos visto a los autores de hazañas deformando los hechos en su favor con la única finalidad inconsciente de adaptarlos a los modelos preestablecidos»<sup>27</sup>. Estos relatos, cuya descripción crítica retoma casi literalmente

<sup>23</sup> Id., p. 46. Du témoignage, el libro de las que están extraídas las citas de Norton Cru, fue significativamente reeditado por primera vez sesenta años después de su aparición, o sea en 1990, el mismo año en que aparecía la novela de Jean Rouaud. Traducido al alemán, el libro fue secuestrado y quemado por los nazis. En cuanto a Témoins, su obra mayor, fue rechazada por todos los editores y debió publicarse por cuenta del autor en medio de un gran escándalo. Sólo se reeditó en 1993.

<sup>24</sup> Douze lettres d'amour au soldat inconnu, p. 55.

<sup>25</sup> Miguel Abensour: «Le choix du petit», cit.,

<sup>26</sup> Por ejemplo en su Discours de Stockholm (Minuit 1986), durante la recepción del Premio Nobel de Literatura.

<sup>27</sup> L'Acacia, p. 326.

las reservas expresadas por Norton Cru, no son, sin embargo, desdeñados. Hay que chapucear, o sea componer una verdad posible, en otras palabras: componer una ficción personal que soporte la prueba de la sospecha, con los elementos reunidos aquí y allá y cuyos defectos y carencias sean conocidos. Para ello todo sirve, desde antiguos números de *L'Illustration* hasta los manuales técnicos generales que explican cómo usar el casco tras el desastre de Charleroi (*La acacia*).

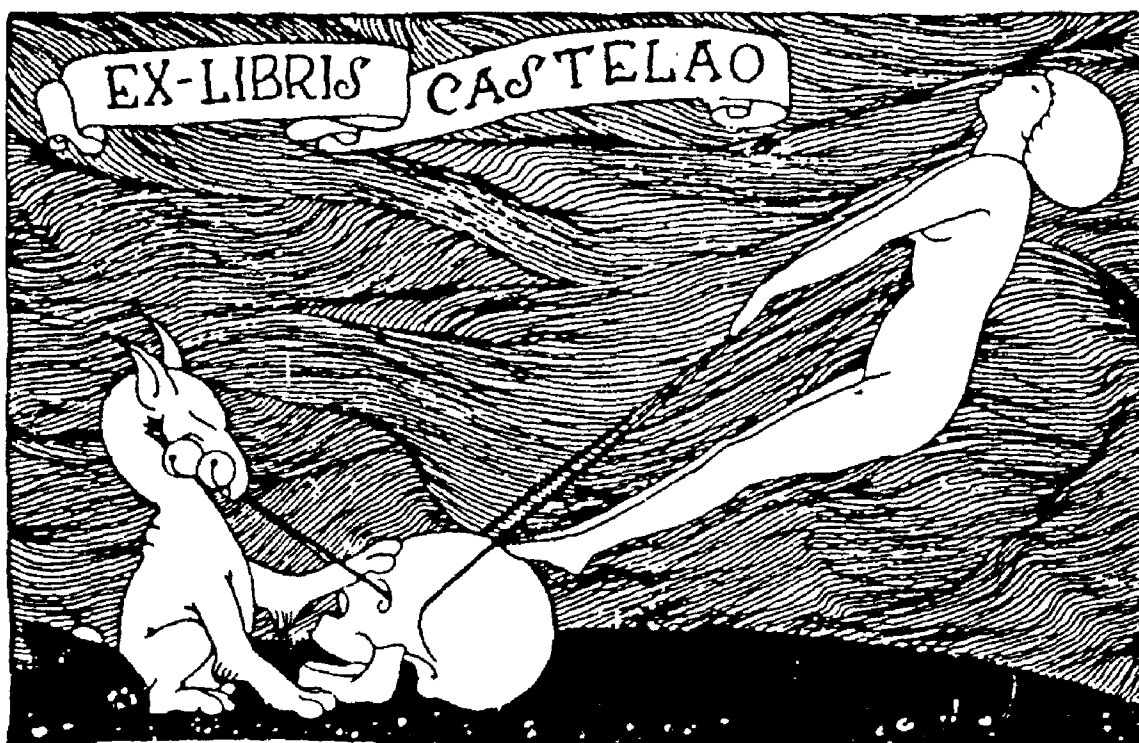
Tales libros se aproximan a las biografías ficticias que abundan hoy, donde la ficción del Otro intenta atrapar su verdad, según un juego de proyecciones imaginarias y críticas. Mientras todo un sector de la literatura contemporánea se encierra en un individualismo desencantado (Toussaint, Gailly) o satisfecho de su mero estar-allí (Bobin, Delerm) estas novelas llevan lo más lejos posible la relación en cuanto, disconforme con restablecer el vínculo que la tabla rasa de las vanguardias había querido romper, tratan también de devolver la palabra a quienes no la han tenido. Haciéndolo, cumplen efectivamente un acto de literatura, si la literatura es eso que permite ver, experimentar, vivir una experiencia extraña. Pronunciar el nombre de la *Yperita*, definir su composición química, decir qué cantidad se empleó y qué métodos de difusión se pusieron en práctica, describir médicamente los daños que provoca en el cuerpo humano, nada expresa, finalmente, del sufrimiento vivido. El proyecto, como le escribe Barbarant al soldado desconocido, consiste en «encontrar finalmente la sintaxis exacta de tu dolor»<sup>28</sup>. Porque la única verdad de la *Yperita* es el encuentro físico con ella y, como lo muestran las páginas que le consagra Jean Rouaud, la potencia del verbo literario es quizá, por lo mismo, la de *restituir*.

Pero, sobre todo, y tal es la extraordinaria apuesta de la literatura contemporánea, mientras sigue haciendo la experiencia de la sospecha, es una literatura de la confianza en el otro. Contra el efecto del Discurso Global –impuesto, autoritario pero hoy desconstruido– juega al «relato local» del que habla Lyotard, es decir parcial, parcelario si se quiere, pero habitado. Estas novelas son obras de dialogismo y pueden llegar a fijar el destinatario, como las cartas de Olivier Barbarant. La verdad se recibe a través del testimonio, del relato, de la confrontación con la verdad subjetiva del otro. Estas novelas son narraciones restituidas de una verdad recibida. Participan de esa literatura del otro ampliamente desarrollada en la actualidad y, en este sentido, implícitamente marcada por la cultura propia de este fin de siglo, desde Levinas y Ricoeur hasta al Todorov de *Nosotros y los otros* y *Ante el extremo*<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Douze lettres... p. 59.

<sup>29</sup> Ambos publicados por Seuil. Datan respectivamente de 1989 y 1991, prueba complementaria, si fuera necesario, de esa oscilación que se produce en el paso de los años de 1980 a los de 1990.

¿No son estos relatos, por su parte, también sospechosos? No, porque no pretenden atestiguar acerca de una realidad objetiva sintética. La verdad que ofrecen –como, por otra parte, toda verdad– es sólo una ficción psíquica: la organiza emocionalmente, imaginariamente y mentalmente lo vivido. No hay otra verdad que ésta, subjetiva, la que un sujeto da a entender como su verdad, la que lo quiebra o lo mantiene en pie. Así, en tanto encarnada, no deja lugar a la duda, aunque la realidad factual objetiva de la que es testimonio siempre resulte sujeta a caución. Así se inventa o se recupera, quizás, una nueva forma de creer en el hombre, un «humanismo del otro hombre», según la fórmula de Levinas.





CASTELAO, por Heriberto Portell Vilá.



CASTELAO, por José Delarra.



CASTELAO, por Silvio Fontanillas.



CASTELAO, por Walfrido Aparicio.